

# *Butterfly*

*Monólogo*

Pedro Catalán García

*A mis padres*

## PERSONAJE

**EMMA SCRAGGI**, setenta años, antigua cantante de ópera.

**EMMA SCRAGGI, septuagenaria, antigua soprano, sobrelleva con exquisita elegancia el paso de los años. Su semblante y su voz la revelan como un ser que ha sufrido, y en su expresión, aunque serena, se aprecia todavía un poso de amargura. Sus maneras educadas, sensibles, pero firmes, sólo se rompen cuando el recuerdo hace aflorar los sentimientos y la emoción.**

**EMMA.-** ¿Mi edad?... ¿Es necesario que se la diga?... Yo sólo quiero que escriba mis recuerdos... Está bien, creo que con setenta años se puede dejar de ser un poco... coqueta... Me gustaría que fuera menos fiel a mis palabras que a mis sentimientos,... tengo intención de publicar estas memorias... Al fin y al cabo todo el mundo lo hace,... y yo también tengo cosas que contar,... todos tenemos cosas que contar... Me servirá de distracción,... y quizá también me saque un poco del olvido en que me han dejado mis admiradores... Cuando una abandona los escenarios, la luz, de repente, se apaga y ya nada te ilumina,... ya no te pueden ver,... quedas en la sombra,... pero tengo una deuda pendiente... ¡Quién no llega al final de la vida con una cuenta pendiente!... Es posible que mis recuerdos salgan desordenados,... no me ocupé de archivarlos metódicamente en el cajón de la memoria,... pero ya se encargará usted de eso... Se dará cuenta enseguida y podrá encajar las piezas del pequeño rompecabezas... ¿Es aficionado a la ópera?... Bueno, da igual,...

en cualquier caso no me conocería, no fui ninguna diva,... hace muchos años que me retiré,... dejé de cantar... Tenía una voz preciosa... **(Nostálgica.)** La perdí... Sí, la perdí... Me temo que a lo largo de toda mi vida no he ido más que perdiendo cosas... Perdí la juventud,... perdí a mis padres,... perdí a mi marido,... y me quedé con la voz,... con mi preciosa voz de soprano,... y luego también la perdí. ¿Sabe usted lo que es pisar un escenario y contemplar cómo el público, puesto en pie, te brinda sus aplausos?... Esos aplausos ensordecedores te ciegan la razón, te nublan los ojos,... el mundo deja de existir,... sólo existes tú y el público que se rinde a tus pies, a tu voz..., pero sólo puedes estar unos segundos, unos minutos como mucho, no puedes quedarte allí,... no puedes quedarte allí mucho tiempo,... tienes que marcharte del escenario,... ceder el sitio a otros cantantes, a otros artistas,... y tú te llevas el rugido del público en el corazón, muy dentro... Es como un fuego de artificio, luce intensamente y luego se apaga,... y hay que encender otro para que vuelva a brillar,... y así continuamente, sin descanso..., eternamente, porque hay que dar de comer al tigre que llevamos dentro, y a veces hay dos tigres... Me faltaban dos años para retirarme de los escenarios... Aún era joven, pero así lo había decidido,... quería dedicar todo el tiempo a mi hija... Tenía firmados contratos hasta el final, y ya había elegido el teatro y la ópera con la que diría adiós a mi carrera... Pero esa noche... no sé qué me pasó... A lo largo de mi vida había cantado novecientos noventa y nueve veces el papel de Madama Butterfly... Erami mejor creación... **(Con contenida emoción.)** Estábamos en Bolonia... Él me había acompañado, solía hacerlo,... mi marido quiero decir... Era una función más,... no entrañaba ningún riesgo,... me encontraba bien,... el reparto era excelente... Estábamos en el hotel,... aún faltaban unas horas para la función... Entonces, de repente,... me lo dijo... «Me marcho, Emma»... «¿Cómo?»..., le pregunté extrañada,... «Me marcho definitivamente. Paula y yo queremos vivir juntos. Tarde o temprano tenía que suceder»... El corazón me empezó a latir con fuerza, parecía a punto de romperse... «Ana se queda conmigo», le dije..., pero mi voz apenas revestía un tono de firmeza... «No, Emma,... Ana se viene con nosotros»... «No puedes hacerme eso. Tienes que consultarle a ella»... «Ya lo he hecho... Se acostumbrará,... aún es muy niña»... «Te la llevas contra su voluntad... Contigo no será feliz»... «¿Y contigo sí?...¿Qué le ofreces tú?...», me respondió con esa arrogancia

que le caracterizaba... Me había dejado tan perpleja aquella inesperada reacción de Mario, que no supe darme verdaderamente cuenta de su alcance hasta horas después,... cuando estaba en el teatro para cantar una vez más el papel de Butterfly... No recuerdo cómo ocurrió,... estaba esperando para salir a escena, estaba profundamente triste... Mario me acababa de abandonar y se llevaba a mi pequeña,... a mi pequeña Ana..., y ese pensamiento no cesaba de dar vueltas en mi cabeza,... y al mismo tiempo yo, Butterfly, con mi hijo en el regazo, aguardaba esperanzada la llegada de Pinkerton..., el regreso de mi marido después de tres años... Sentí su presencia, y mi pecho se hinchó de felicidad, pero enseguida la vi a ella..., se había casado de nuevo en América,... venía a arrebatarme a mi hijo... Salí del camerino e irrumpí en la escena cuando aún no era mi momento... Mi voz se apagó..., me quedé mirando unos segundos el escenario, los palcos, el patio de butacas, al público... El director detuvo la batuta, me miró interrogante, dispuesto a continuar al primer gesto mío... Se hizo un enorme silencio,... y sentí que yo era la responsable de aquel silencio que se palpaba y la única que podía romperlo... Era la auténtica dueña de la escena... Durante novecientas noventa y nueve representaciones, Pinkerton me había venido engañando una y otra vez,... siempre aparecía su entrometida mujer americana,... y siempre acababa entregándoles a mi hijo y clavándome el infame cuchillo siguiendo el viejo código del honor... Un súbito arrebato se apoderó de mí... Me puse a gritar... «¡Ya no soy Butterfly... Soy la señora Pinkerton..., tengo el apellido de mi marido!... ¿Me habéis oído?... ¡Soy la señora Pinkerton!... ¡Se casó por conveniencia,... ahora lo he visto claro, sólo era para él un capricho, un juguete,... pero yo estaba enamorada,... le quería!»...Butterfly era una niña,... una niña que había renegado de su familia, que había abandonado todo para unirse a él,... y él sólo le ofrece el desprecio y la humillación..., arrebatándole lo único que tenían en común: su hijo... Después continué gritando,... me resistía a representar el mismo final una vez más,... algo tenía que cambiar... «Me he suicidado novecientas noventa y nueve veces, y he perdido a mi hijo una y otra vez, y tú has vuelto con tu maldita esposa americana una y otra vez,... pero hoy no..., hoy no va a suceder igual...» El tenor me observaba perplejo,... absoluta y divertidamente pero nadie decía nada... «Tu arrepentimiento no me basta, continué,... he estado esperando tres años... ¡Tres años!... ¿Sabes lo que significa ese tiempo para una mujer que aguarda a su

enamorado?... ¿Sabes lo que significa ese tiempo para una mujer que aguarda lo que para ella es su vida?... ¡Qué vas a saber!... ¡Cómo va a saber Pinkerton lo que es sufrir!... Eso sólo lo sabe la pequeña mariposa,... esa muchachita de quince años que dejó todo por ti..., esa joven que muere novecientas noventa y nueve veces antes de bajar el telón... Pero hoy Butterfly va a echar a volar..., hoy Butterfly te repudia y te desprecia, y no deja que huyas como un cobarde, sino que te echa,... te arroja de su casa y se queda con su hijo... Hoy, Pinkerton, no te lo llevas,... hoy no te llevas a mi hijo..., ya no muero más... Máchate... ¡Máchate!... Vete ya...» **(Breve silencio.)** Bajaron el telón precipitadamente... Rompí a llorar... Tras unos segundos de incertidumbre, se empezaron a oír murmullos de desaprobación entre el público,... también sonaron algunos tímidos aplausos... Suzuki me abrazó... Pinkerton volvía sobre sus pasos, retrocediendo pausadamente hasta desaparecer por bastidores... Los aplausos eran cada vez más numerosos, pero también crecían las protestas... Mis compañeros estaban desconcertados,... los técnicos no sabían qué hacer... Los aplausos crecían por los pisos altos del teatro... Una mano acarició mi espalda... ¿Sharpless?... Yo no sabía muy bien lo que había hecho, pero oía claramente que el público era todo un clamor, unos aplaudían, otros pateaban frenéticamente y voceaban insultos...Hasta que no tuvieron más remedio que levantar el telón..., y no tuve más remedio que volverme, y pude ver cómo una parte del público, puesto en pie, aplaudía a rabiar, especialmente allí arriba, donde casi no se distingue a la gente..., y otra parte se deshacía en gritos, abucheos y carcajadas o golpeaba las butacas... Mis compañeros de escena también aplaudían,... y los músicos de la orquesta, y los eléctricos, y los carpinteros,... y entonces me incliné,... me incliné con humildad para saludar a los que aplaudían... con la mano en el corazón... Fue un escándalo terrible... **(Pausa.)** No volví a cantar Madama Butterfly.... No volví a cantar nada... ¡Qué soberbia!... ¡Qué soberbia la mía!... ¡Enmendar a Puccini!... Enmendar a Puccini... ¡Qué locura!... A veces me pregunto si sucedió o fue un sueño, o una pesadilla... **(Breve silencio.)** Vamos a tomar un descanso,... cuando me recupere podremos continuar... Tal vez sea innecesario reflejar este episodio en mis memorias,... el lector se haría una falsa imagen de mí..., al fin y al cabo cada uno recuerda lo que puede o lo que quiere... ¡Olvida uno tantas cosas!... Creo que esta vez tampoco voy a poder saldar mi deuda... ¡Hace ya tanto que perdí a mi hija!...¡Qué triste!... ¡Atravesar con un alfiler a una mariposa!...

TELÓN